

Pasa mi padre

Aquiles Nazoa

Ahí va mi padre pedaleando su bicicleta de jardinero. Él lleva sin saberlo la poesía como una violeta en el sombrero. Y a mi niñez le gustan entusiasmadamente sus zapatos que son como unos caballos viejos y cariñosos.

En aquellos tiempos estaban muy baratas las cosas. Teníamos una casa de flores que solo nos había costado a razón de un sufrimiento insignificante el metro cuadrado.

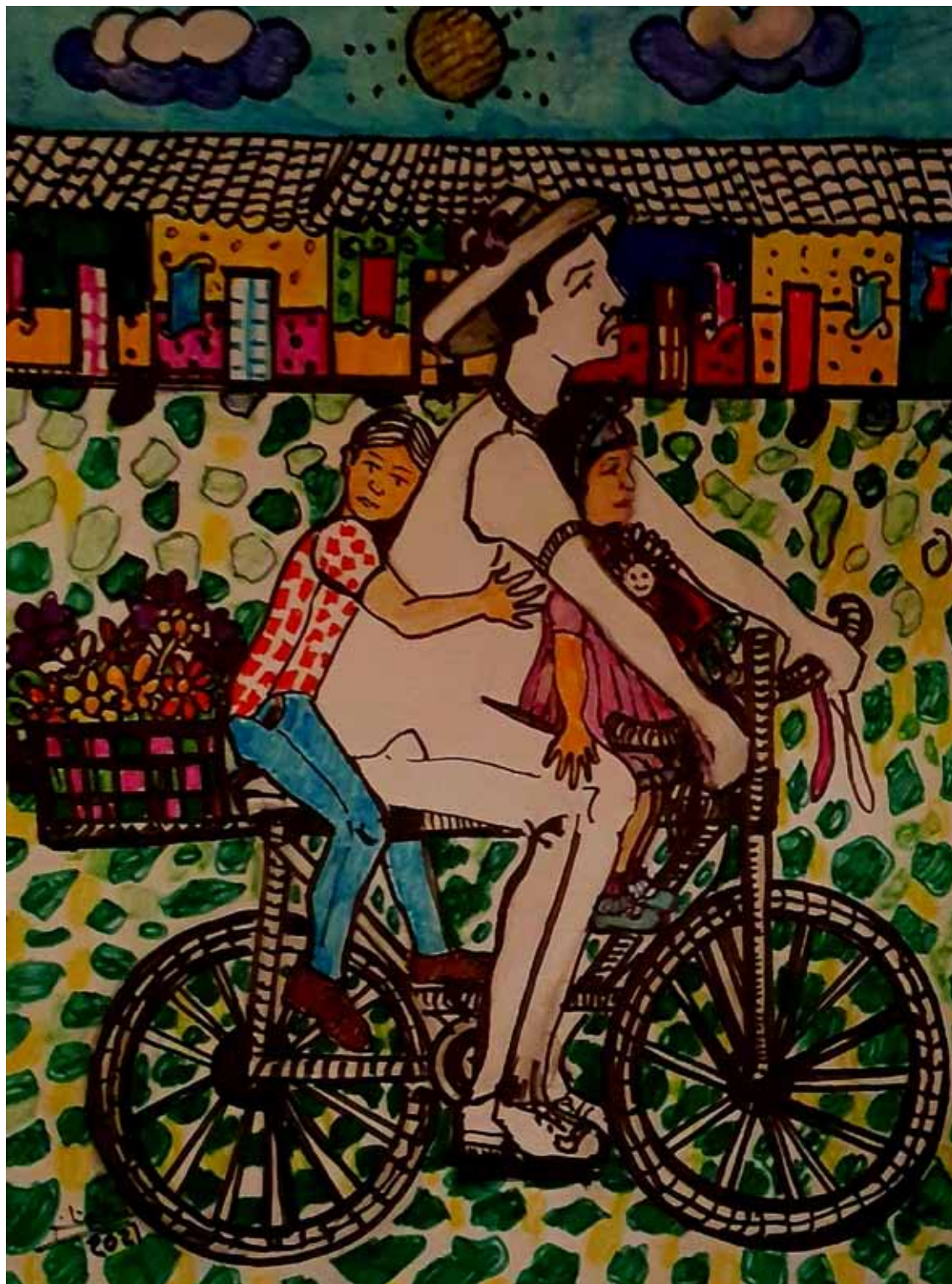
Figúrense cómo estarían las cosas de tan baratísimas entonces, que yo tenía una hermana llamada Lilia a la que no llegué a conocer porque se murió aprovechando lo barata que se había puesto la muerte por aquellos días. Mi padre pagó en cómodas cuotas la muerte de aquella niña: Todos los días al llegar del trabajo, lloraba un poquito sobre el hombro de mi madre. Y en cosa de cinco meses estuvo saldada la deuda con la muerte, cosa que no se puede hacer hoy día. ¡Todo está ahora tan caro! ¡Con decir que las lágrimas están reguladas por el departamento de control de precios!

Teniendo yo nueve años y él me imagino treinta, me pidió delicadamente esa mañana que me volviera de espaldas, mientras él se bañaba con sus inocentes calzoncillos, porque el mar le gustaba mucho y estaba amaneciendo.

No sé cómo aquel hombre se las arreglaba para que yo y mi hermana Elba recorriéramos el mundo pasajeros los tres en su bicicleta de flores; lo cierto es que el buen hombre tenía un exquisito olfato comercial, y los domingos nos llevaba (él puesto su bellissimo sombrero de violetas y sus conmovedores zapatos, y nosotros sus hijos la niñez como un vestido de estreno), a mágicos mercados donde los campos con sus correspondientes ríos y colinas se vendían a dos paisajes por centavo. Y en aquellos lugares mi padre cumplía plenamente su vocación de ladrón irredento, pues regresábamos los tres a casa con un insólito botín de aromas. Y todos nos queríamos mucho por eso.

Una vez nos sorprendió un inmenso aguacero durante uno de aquellos paseos. Como teníamos miedo Elba y yo, pues había muchos relámpagos y el río iba creciendo bastante, mi dulce padre nos acogió a su pecho, un hijo a cada lado, y estábamos como debajo de un pan, bien que me acuerdo. Nos besaba con las violetas de su sombrero para consolarnos de nuestro miedo, y parece que lloraba también, no estoy seguro. Y desde luego, porque en esa ocasión y lugar oímos mi hermana y yo latir el corazón de nuestro padre Rafael Nazoa bajo la tempestad, es por lo que desde entonces nos sentimos a ratos tan desdichados en esta vida. Y sin embargo, si ahora mismo nos fuera dado elegir: entre aquella hora y el destino a que fuimos implacablemente condenados, yo y Elba elegiríamos el que nos señaló nuestro indefenso padre aquella tarde que no olvidaremos, pasajeros los tres en su poética bicicleta de jardinero.

Fin



EL AUTOR

Aquiles Nazoa

(Caracas, 1920-1976). Escritor, ensayista, periodista, poeta y humorista venezolano. Entre sus obras más destacadas se cuentan *El ruiseñor de Catutche* (1950), *El burro flautista* (1958), *Los dibujos de Leo* (1959), *Caballo de manteca* (1960), *Los poemas* (1961, dedicado a Fidel Castro), *Mientras el palo va y viene* (1962), *Pan y circo* (1965), *Los humoristas de Caracas* (1966), *Caracas física y espiritual* (1967), *Humor y amor de Aquiles Nazoa* (1969), *Vida privada de las muñecas de trapo* (1975), *Genial e Ingenioso: La obra literaria y gráfica del gran artista caraqueño Leoncio Martínez* (1976) y *Aquiles y la Navidad* (1976).



Jardín de infancia

—¿Qué?
—Yo y mi amiga Nadia siempre estamos juntas.
—Claro, mujer, porque es tu amiga.

—En clase... en el recreo... a la hora de comer...
—Estupendo... es una niña buena y juiciosa.
—Pero en la hora de religión yo voy a una clase y ella a otra.

Miró a la madre y vio que sonreía, ocupada en bordar un mantel. Y dijo, sonriendo también:
—Sí... pero solo en la clase de religión...

—¿Y por qué, papá?
—Porque tú eres de una religión y ella de otra.

—Pero, ¿por qué, papá?
—Porque tú eres musulmana y ella cristiana.

—¿Y por qué, papá?
—Eres aún muy pequeña, ya lo comprenderás...

—No, ¡soy mayor!
—No, eres pequeña, cariño...

—¿Y por qué soy musulmana?
Debía ser comprensivo y delicado: no faltaba a los preceptos de la pedagogía moderna a la primera dificultad. Contestó:

—Porque papá es musulmán... mamá es musulmana...
—¿Y Nadia?

—Porque su papá es cristiano y su mamá también...
—¿Porque su papá lleva gafas?

—No... Las gafas no tienen nada que ver. Es porque su abuelo también era cristiano y...
Siguió con la cadena de antepasados hasta aburrirse. Trató de cambiar el tema pero la niña preguntó:

—¿Cuál es mejor?
Dudó un momento antes de contestar:
—Las dos...

—¿Pero yo quiero saber cuál es mejor!
—Es que las dos lo son.

—¿Y por qué no me hago cristiana para estar siempre con Nadia?
—No, cariño, es mejor que no. Hay que ser lo mismo que papá y que mamá...

—¿Y por qué?
Francamente: la pedagogía moderna es tiránica.
—¿Por qué no esperas a ser mayor?
—No. ¡Ahora!

—¿Nadia tiene mal gusto?
Dios confunde a ti y a Nadia. Había metido la pata a pesar de las precauciones. Se lanzó sin piedad al cuello de una botella.

—Sobre gustos no hay nada escrito. Lo único imprescindible es seguir siendo como papá y mamá...

—¿Puedo decirle que ella tiene mal gusto y yo no?
Salió al paso:

—Las dos son buenas: tanto el Islam como el Cristianismo adoran a Dios.
—¿Y por qué yo lo adoro en una habitación y ella en otra?
—Porque ella lo adora de una manera y tú de otra.

—¿Y cuál es la diferencia, papá?
—Ya lo estudiarás el año que viene o el otro. Por el momento confórmate con saber que Islam y Cristianismo adoran a Dios.

—¿Y quién es Dios, papá?
Se detuvo, reflexionó un segundo y preguntó, extremando las precauciones:

—¿Qué les ha dicho Abla?
—Lee la azora y nos enseña a rezar, pero yo no sé. ¿Quién es Dios, papá?
Se quedó pensando con sonrisa torcida. Luego:

—Es el Creador del mundo.
—¿De todo?
—De todo.

—¿Qué quiere decir Creador, papá?
—Quiere decir que lo ha hecho todo.
—¿Cómo, papá?
—Con su Sumo poder.

—¿Y dónde vive?
—En todo el mundo.
—¿Y antes del mundo?
—Arriba...

—¿En el cielo?
—Sí...
—Quiero verlo.

—No se puede.
—¿Ni en la televisión?
—No.

—¿Y no lo ha visto nadie?
—Nadie.
—¿Y por qué sabes que está arriba?
—Porque sí.

—¿Quién adivinó que estaba arriba?
—Es incomparable.
—¿Los profetas?
—Sí, como nuestro señor Mahoma.

—¿Y cómo, papá?
—Por una gracia especial.
—¿Tenía los ojos muy grandes?
—Sí.

—¿Y por qué, papá?
—Porque Dios lo creó así.
—¿Y por qué, papá?
Contestó tratando de no perder la paciencia:



—Porque puede hacer lo que quiere...
—¿Y cómo dices que es?
—Muy grande, muy fuerte, todo lo puede...

—¿Como tú, papá?
Contestó disimulando una sonrisa:
—Es incomparable.

—¿Y por qué vive arriba?
—Porque en la Tierra no cabe, pero lo ve todo.
Se distrajo un momento, pero volvió:
—Pues Nadia me ha dicho que vivió en la Tierra.

—No es eso; es que lo ve todo como si viviese en todas partes.
—Y también me ha dicho que la gente

lo mató.
—No, está vivo, no ha muerto.
—Pues Nadia me ha dicho que lo mataron.

—¿Qué va, cariño, creyeron que lo habían matado pero estaba vivo.
—¿El abuelo también está vivo?
—No, el abuelo murió.

—¿Lo han matado?
—No, se murió.
—¿Cómo?
—Se puso enfermo y se murió.

—Entonces ¿mi hermana va a morir-se?
Fruñó las cejas y contestó advirtiendo un movimiento de reproche del lado de la madre:

—Ni mucho menos, ella se curará si Dios quiere...
—¿Por qué se murió entonces el abuelo?

—Porque cuando se puso enfermo era ya mayor.
—¡Pues tú eres mayor, has estado enfermo y no te has muerto!
La madre lo miró regañona. Luego pasó la vista de uno a otro azorada. Él dijo:

—Nos morimos cuando Dios lo dispone.
—¿Y por qué dispone Dios que nos muramos?

—Porque es libre de hacer lo que quiere.
—¿Es bonito morir-se?

—¿Qué va, mi vida.
—¿Y por qué Dios quiere una cosa que no es bonita?
—Todo lo que Dios quiere para nosotros es bueno.

—Pero tú acabas de decir que no lo es.
—Me he equivocado, querida.
—¿Y por qué mamá se ha enfadado cuando he dicho que por qué no te habías muerto?

—Porque todavía no es la voluntad de Dios que yo muera.
—¿Y por qué no, papá?
—Porque Él nos ha puesto aquí y Él nos lleva.

—¿Y por qué, papá?
—Para que hagamos cosas buenas aquí antes de irnos.
—¿Y por qué no nos quedamos siempre?

—Porque si nos quedásemos no habría sitio para todos en la Tierra.
—¿Y dejamos las cosas buenas?

—Sí, por otras mucho mejores.
—¿Dónde están?
—Arriba.

—¿Con Dios?
—Sí.
—¿Y lo veremos?

—Sí.
—¿Y eso es bonito?
—Claro.

—Entonces, ¡vámonos!
—Pero aún no hemos hecho cosas buenas.

—¿El abuelo las había hecho?
—Sí.
—¿Cuáles?
—Construir una casa, plantar un jardín...

—¿Y qué había hecho el primo Totó? Por un momento se puso sombrío. Echó a la madre furtivamente una mirada desvalida, luego contestó:

—Él también había construido una casa, aunque pequeña, antes de ir-se...
—Pues Lulú el vecino me pega y nunca

hace cosas buenas...
—Es que él ha nacido anormal.
—¿Y cuándo va a morir-se?
—Cuando Dios quiera.

—¿Aunque no haga cosas buenas?
—Todos tenemos que morir. Los que hacen cosas buenas se van con Dios y los que hacen cosas malas se van al infierno.

Suspiró y se quedó callada. El padre se sintió materialmente aliviado. No sabía si lo había hecho bien o si se había equivocado. Aquel torrente de preguntas había removido interrogaciones sedimentadas en lo más hondo de sí. Pero la incansable criatura gritó:

—¡Yo quiero estar siempre con Nadia!

La miró inquisitivo y ella declaró:
—¿En la clase de religión también!

Se rió estrepitosamente, la madre también rió, él dijo bostezando:
—Nunca imaginé que fuera posible discutir estas cuestiones a semejante nivel...

Habló la mujer:
—Llegará el día en que la niña crezca y puedas razonarle las verdades. Se volvió para comprobar si aquellas palabras eran sinceras o irónicas y la encontró enfadada en el bordado.

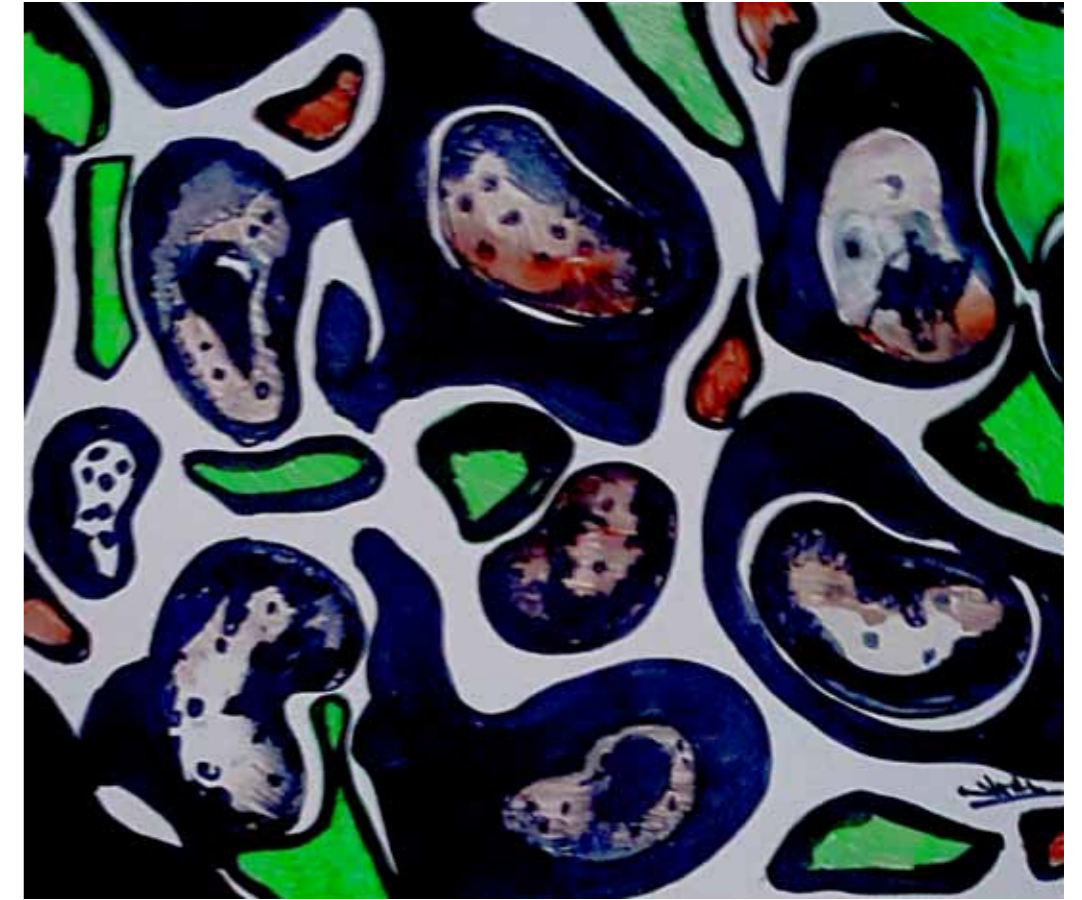
Fin

De La taberna del gato negro (1969).

Naguib Mahfuz (El Cairo, 1911-2006). Escritor, guionista de cine y articulista de opinión egipcio. Ganador del premio Nobel de Literatura en 1988. Autor de múltiples colecciones de cuentos y de más de 50 novelas, contando entre las más destacadas *El palacio del deseo* (1957), *El ladrón y los perros* (1961), *Miramar* (1967), *El día en que mataron al líder* (1985) y *El callejón de los milagros* (1947).

Igual

Slavko Zupcic



Mi padre nació en un rincón de tierra húmeda. En una cosecha mala, de puras papas muertas, recordaron llevarlo a Nebretic, un pueblito de Croacia en la planicie del Save y del Danubio. Le pusieron mi nombre que recuerda a la muerte, para no olvidar al Francisco asesinado, que desató la Primera Guerra Mundial. En 1929 solo mi padre se atrevió a nacer en el Estado Sur-eslavo. A sus dos años, en 1931, le llamaron: Yugoslavia. Siempre debo decir que mi padre nació en Yugoslavia, que descendió de croatas católicos, vecinos de los serbios ortodoxos, líderes de los pueblos eslavos del Sur bajo el reinado de Dushan en el siglo XVI. Aunque no tenía aspas de molino, ni fuelles de herrería, mi padre era el niño más lindo del pueblo: más alto que un niño normal de Europa baja, de ojos cerulei, cabellos castaños, sin cicatrices. Podía montar todos los caballos y burros, hablarles desde sus ojos azules, decirles que en Spalato estaba el mar Adriático, boca azul del mar, cuerpo de tormentas, tan azul, que sus ojos no alcanzarían las naranjas y manzanas que nadaban entre las gaviotas hasta Italia. Fue el primer estudiante de su pueblo de campesinos. No sé cómo hizo mi abuelo Stepan para hacerlo estudiar, pero sacó oro de las aceitunas y del heno. En pleno conflicto mundial mi padre iría a Zagreb a estudiar. Luego iría a Rikeja, no para estudiar sino escapando de las fuerzas de ocupación. Allí

fue molino de viento loco en la imagen de mis abuelos caminando de un pueblo a otro hasta Treblinka, una palabra mágica que no sabe lo que encierra, muertos bajo la sombra de los árboles, únicos testigos del volar rasante de las balas de Hitler. No luchó, sus manos nunca tocaron un fusil, ni siquiera cuando estalló la insurrección de Tito, millones de hombres luchando para sacar al führer de sus tierras. Yugoslavia se acabó después del mar, mis abuelos murieron y solo quedó esta foto de sus hermanas en un hospital de Belgrado. Hubo un deseo de irse; se fue. De Rikeja a Trieste en caminatas largas, de noche. Ya no hubo siquiera un molino de viento loco sobre los caballeros del Francisco 8499, refugiado en Intake Center, Iro, Italian Mission. Los "sobre mi apellido dejaron de sonar en Trieste, en las canas y arrugas de mi padre cerulei". En 1955, un certificado del Consolato Generale in Genova de la República de Venezuela, decía que mi padre, mash, célibre, castani, cerulei, podía ir a América en busca de fortunas. Ya no se dibujaron manzanas en el ceruleo de sus ojos, ni siquiera huesos de calavera. Así llegó mi padre en el Castel Verde a La Guaira. Cuando yo era niño prefería a mi padre de Zagreb a Viena, de Viena a Frankfurt, de Frankfurt a Berlín, a Gdansk, a Madrid, a Teherán, a Bagdad, a Trípoli, a Río de Janeiro, a La Guaira, a La Guaira.

VIENE DE LA PAG 3

Venezuela. Luego lo veía víctima de las culebras y tigres del Amazonas, o revolcándose entre las papas y aceitunas de su infancia, siempre de una manera no parecida a la de los seres que conozco.

Vino buscando fortuna y tormentas de esas que solo se dan en América. Olvidó entre el calor de sus pasos y las cartas de Mary Monazin, a sus padres muertos, sus hermanas enfermas y su tierra de papas y cochinos, que luchaba por ser independiente.

El no me conoció. Sobre sus cabellos nació de nuevo el molino de viento loco y un día regresó a sus tierras amarillas, cubiertas de papas y de heno sin rastrillar, la tierra de los hombres cerulei. Desde esta foto gris, puedo darle finales de vida y muerte ignorados, nunca igual.

¿Has muerto, padre? Te maldigo.

Fin

EL AUTOR

Slavko Zupcic
(Valencia, Carabobo, 1970). Escritor y psiquiatra venezolano. Ha publicado el libro de poesía para niños *Escúcheme, Señor Sol* (1989); los libros de relatos *Dragi Sol*



(1989), *Vinko Spolovtina, ¿quién te mató?* (1990), *583104: pizzas pizzas pizzas* (1995), *Médicos taxistas, escritores* (2014) y *Cementerio de médicos* (2018); la novela *Barbie* (1995); el libro de crónicas literarias *Máquinas que cantan* (2005), y la novela para niños *Giuliana Labolita: el caso de Pepe Toledo* (2006). En 2007 formó parte de la selección Bogotá 39. Ha ganado, entre otros premios, la Bienal de Literatura Infantil Luis Bouquet (1987), Bienal José Rafael Pocaterra (1988), Premio Municipal Ciudad de Valencia (1991), Mención de Honor de la Bienal de Literatura de Guayana (1994) y el XVIII Premio Anual Transgenérico (2018) con su novela *Curso (rápido y sentimental) de italiano*. Asimismo, fue finalista del XIX Premio Herralde de Novela (2001). Cuentos suyos han sido incluidos en diversas antologías de cuento venezolano e hispanoamericano.

Las grandes batallas

María Luisa Lázzaro

Las grandes batallas en casa fueron los enfrentamientos entre los hijos y el padre. La casa se estremecía como si un gigante la tomara para jugar a las maracas. La fuerza del padre contra la rebeldía del hijo. El Sí y el No. El padre se inflaba hasta explotar las paredes. El hijo crecía hasta reventar el techo. Rugían. Se mostraban feroces los dientes, y de los puños en garras brotaban uñas de acero que desgarraban a la madre arrodillada en medio de la selva, inhóspita de paz. Gigantizados desde la altura de la niña que tiembla. Los ojos de su mente nunca consintieron escenas de peleas de gallos que se entierran las espuelas y los picos en los ojos. Aullidos de perros desgarrados a mordiscos. Sonidos secos de puños de hombres jadeantes de furia.

Temo que todo sea violencia, temo el vestido de hierro candente cubierto con accesorios de chocolate. ¿Transitorio traje? Más allá, la piel accesible. Los adolescentes me buscan para empaparse de mi serenidad, y me admiran, quieren ser lo que soy, y no lo entiendo. Son el espejo que quise destruir en los tiempos de angustia en la mirada. Ahora, hay sonrisa y la respiración es un tanto más lenta. Sin embargo, todavía, luchas intestinas debaten los habitantes del cuerpo. Cuando los conflictos, en casa, eran menos vehementes, me metía debajo de la mesa del comedor. Su largo mantel me aislaba en una semioscuridad mística. Un enorme pan, un mordisco, un sollozo. Era el sitio ideal para disertar sobre la desventura del ser humano. Cuando había concordia (que eran las más) me sentaba debajo de la mata de mango. El olor de las hojas, brillantes y verde intenso, me hacía revivir un universo todo arbustos, sin rojos, ni púrpuras, ni negros, ni grises. Me reía a carcajadas con las hormigas y los bachacos. Con ellos hacía largos viajes a través de las hojas y los cuentos que se iban fraguando entre ramas.

En una de las trifulcas papá recogió toda



ra. Entonces, padre, queda un sabor de recuerdos malos y buenos. Ahora en la distancia, cuando tus rasgos se han hecho de aire y tu voz ni siquiera es un susurro, se agiganta tu figura de héroe creador. Y un gran amor se va haciendo nube, para llegarte, padre.

En el último enfrentamiento, comenzaron a caer las palabras como lava. Se dieron cita en casa. Nos montamos en el auto como gente civilizada. Estaba oscureciendo. Era diciembre como de costumbre, para no variar. Vivíamos en las afueras, la carretera bordeaba un pequeño barranco. Como todos mis grandes actos, sin pensarlo dos veces, me lancé, rodé varios metros. Partes de la piel se fueron quedando entre las piedras y las púas. Abajo quedé extenuada, pero satisfecha del deber cumplido, esperando vinieran por mí. Entre los dos me llevaron a casa y curaron las minúsculas heridas. Mientras tanto me convertí en la princesa Tuna, de la comarca de los cactus sin espinas. Mi traje era de seda bordada de piedras preciosas con formas de cactus. Mis ojos eran dos esmeraldas incrustadas en un rostro inimaginable de bello. Me transformé en lagartija para subir el muro del cielo a reclamar las tantas espinas, pero me resbalé, el Dios lagarto lanzó una cuerda de hormigas para rescatarme.

Al despertar (no recuerdo de qué), no podría atestiguar la portezuela abierta, el despeñadero, ni acerca de los cactus; no me atreví a preguntar. Mi cabeza era un hervidero de princesas y lagartos, aunque el cuerpo me duela todavía...

Fin

LA AUTORA

María Luisa Lázzaro
(Caracas, 1950). Escritora venezolana. Licenciada en bioanálisis y en letras. En 1990 fue finalista del Premio de Novela Planeta Latinoamericana Miguel Otero Silva con *Tantos Juanes o la venganza de la sota*. Además ha



obtenido el premio Alfonsina Storni (Argentina, 1978), el Premio Canción Inédita del Festival Nacional de la Voz Universitaria con *Atrincherada* (Valencia, Carabobo, 2000), el Concurso Milena de Cartas de Amor y Desamor con *Trastocando olvidos I y II* (Galicia, España, 2003). Entre sus publicaciones también están *Poemas de agua* ((1978), *Escarcha o centella, bebe conmigo* (2004), *Habitantes de tiempo subterráneo* (2006) y numerosos libros para niños.